ANTONIO CASTAÑEDA. *Lejos del ardimiento*. México: edición privada, 1969.

Nombres como los de José Emilio Pacheco, José Carlos Becerra y Gabriel Zaid en México, y los de Emilio Adolfo Whesphalen, Javier Sologuren, Cecilia Bustamante, Fernando Tola de Habich y Luis Enrique Tord en el Perú; y sombras como las de José María Eguren y Xavier Villaurrutia reclaman imperiosamente su mención en un comentario a *Lejos del ardimiento* de Antonio Castañeda, hermoso y resumido tratado de alusión e imágenes.

Dos notas distintivas advertimos en ese opúsculo: un harto mesurado desempeño poético y ese inconfundible contenido de símbolos y deslumbramiento de la auténtica poesía, que va directamente a herir nuestra sensibilidad. En cuanto a la primera, no es arbitrario afirmar que una mayor delicadeza de gusto aumenta el recelo del poeta ante la proliferación y el desborde. Acostumbrados como estamos a muchos autores que nos atosigan con un libro anual o semestral, que tejen y destejen una vulgar ansia de fama, y en cuyo ser no habita una auténtica criatura poética ¡qué admirable nos parece la cautela de Antonio!

También hablamos de símbolos y deslumbramiento. *Lejos del ardimiento* es un infrecuente y noble esfuerzo por someter el lenguaje a la benéfica férula de la imagen poética, que desde luego nada tiene que ver con la sintaxis, la "claridad" ni la congruencia lógica. Para desconcierto de los inactuales y rutinarios que no conciben el quehacer poético sino como la arcaica narración de una anécdota dentro de un contexto rimado; o de los más modernos aunque no menos sectarios, que la admiten como una lastimosa sucesión de prosaismos y trivialidades en un ordenamiento discursivo que culmina en un "mensaje", Antonio Castañeda habla de "las irrepetibles aves que pasan durmiendo entre mis dedos, desconcertando al día, que sobre mí desmorona su luz sin entenderlo". Y más adelante: "Vigilo los escombros. Pongo lumbre en su tramo, mido la línea del estruendo, lo discreto, lo que es señal y fuego del espanto".

No resistimos a la tentación de copiar esta acabada alianza de evocación y desencanto.

El derrumbre
y el huerto son la casa que guardo;
cal,
manzana,
agua,
hermano.
Estancia
de las cosas que pasan, de dios, ocioso en su retrato.
El quicio
que retengo es ramaje y memoria,
pared,
asombro deshilado.
Mi habitación,
recodo del enjambre,
rumor, desastre de campana.

Dentro de la marea general de tantos bienintencionados cultivadores de una poesía cívica y social, la de Antonio Castañeda, al situarse en una esfera distinta y más pura de la realidad, al transportar al lector al centro mismo de la piedad y la vida, aparece como una de las voces más audibles, melodiosas y revolucionarias de los poetas jóvenes de México. Revolución entendida en la única forma en que puede hacerla la poesía: alejándose del servil remedo vallejiano y nerudiano, experimentando en el encantamiento de la imagen, en sus secuencias y armonías, en aquello que Wladimir Weidlé ha llamado "música de las significaciones".

Antonio Castañeda no ha llegado a la excelencia de la imaginación inefable y errabunda de José Carlos Becerra, ni a la malicia idiomática de José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid, pero su breve obra anuncia que no permanecerá estacionario y sabrá perfeccionar su voz con la atención que preste a voces de otras partes, y sobre todo a las que provengan de la vibración melodiosa de su propio ser poético.

MANUEL MEJÍA VALERA

*Comunidad Latinoamericana
de Escritores, México.*

CARLOS PELLICER *Antología*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.

En 1962 la Universidad Nacional Autónoma de México reunió toda la poesía del distinguido poeta mexicano Carlos Pellicer y la publicó en un volumen de lujo titulado *Material poético, 1919/1961*.¹ Más significativa todavía es la reciente edición popular de sus poesías publicada por el Fondo de Cultura Económica de México. La tirada consta de 10 000 ejemplares (comparado con los 2 000 ejemplares del *Material poético*). Los poemas en esta antología de 360 páginas fueron seleccionados por el poeta mismo y por Guillermo Fernández. El prólogo consiste de tres estudios breves escritos por José Alvarado, Gabriel Zaid y Guillermo Fernández.

En esta antología, los poemas están agrupados en cuatro categorías temáticas en lugar de serlo en orden cronológico. Son las siguientes: "Poemas líricos", "Poemas heroicos", "En el paisaje" y "Poemas religiosos".

Cuando Huidobro con su "creacionismo" y Borges con su "ultraísmo" estaban abriendo nuevos caminos para la poesía de habla española, México contribuyó a las literaturas de vanguardia con el grupo de poetas llamados "Contemporáneos". Y el vocero máximo de este grupo, según autorizada crítica, es Carlos Pellicer. Octavio Paz en *Poesía en movimiento* dice: "Si López Velarde y Tablada inician nuestra poesía contemporánea, Carlos Pellicer es el primer poeta realmente moderno que da México..."

Los primeros libros de Pellicer son un canto a la alegría de vivir. No hay nada de hermetismo, pesimismo o desintegración de la realidad. Son poemas del joven poeta descubriendo su mundo y gozando del gran poder que posee como creador de versos. En "Estudio", escrito en 1920, dice:

¹ Resentido en esta misma revista por Alfredo Roggiano.